



ESTUDIANTES

CARLOS RIBERA

Una de las consecuencias más señaladas, y más desfavorables, de la ausencia de la Universidad en una ciudad, y hasta en una región, es que no haya estudiantes, aunque parezca una perogrullada.

No existe el mundo estudiantil, es decir, un conjunto generacional en formación que, aparte de su primordial misión de laborar y educarse en un recinto apropiado para alcanzar su maduración intelectual y técnica, influye, actúa, presiona por todas partes, ocasionando no pocas preocupaciones, a veces hasta callejeras, pero que, al mismo tiempo, proporciona un auditorio único en cualquier clase de convocatoria cultural, y por su dinámica y agitada vitalidad, integra en el conjunto social una levadura mental proyectada hacia el futuro, dispuesta siempre a la actuación desinteresada e iconoclasta de normas y moldes, que el paso inevitable del tiempo va convirtiendo en obstáculos para el desenvolvimiento sincero de las nuevas mentalidades.

La presencia continua y diaria en cuantas ocasiones se presentan—aulas científicas, actos artísticos, reuniones sociales—de los estudiantes, les resta gravedad y añade optimismo, convirtiendo en asambleas festivas lo que amenaza, tantas veces, en caer en automáticas y mineralizadas reuniones.

Personalmente, tengo una visión más completa de lo habitual del mundo estudiantil—naturalmente, de mi tiempo—, porque, dado que mi padre tenía el criterio de que las cosas o hacerlas bien o no hacerlas, al comprobar mi afición por el arte, me exigió que si-

guiera el cauce serio y académico correspondiente en esa actividad, amén del desarrollo de la carrera profesional de la Medicina.

De esa forma, quedé encauzado—y quizás para toda mi vida—en el ejercicio de dos trayectorias culturales muy distintas, pues mi vida se desenvolvió por igual, durante los años de mis estudios, entre la Facultad y la Escuela de Bellas Artes. Yo no podía asistir a las clases de la Escuela más que por las tardes, y así fui aprobando todas las asignaturas artísticas vespertinas, hasta que, aprovechando el servicio militar, pude completar la carrera examinándome también de las matutinas.

Durante esos años, mi vida se dividió entre compañeros estudiantes de vidas muy diversas. Por la mañana, con los futuros médicos. Por la tarde, con los genios artísticos en ciernes.

Los tiempos han cambiado, sin duda, y las diferencias económicas y sociales se habrán ido dulcificando en el actual mundo estudiantil, ya que en esos años de mi adolescencia la diferencia era pavorosa. El estudiante de Medicina iba bien vestido, aunque con descuido, acudía a los conciertos o a los teatros en una buena localidad, asistía a alegres reuniones sociales con jovencitas deseosas de entablar conocimiento con los futuros galenos, estudiaba reposadamente—sólo en mayo se apretaba de firme—, estaba siempre dispuesto al chiste, al piropeo de las modistillas, a la huelga en cuanto se aproximaban las vacaciones.

El estudiante de Arte no daba un tipo homogéneo, porque la totalidad de las promociones eran de lo más diferentes. Existía el estudiante de Arquitectura, muy elegante y muy trabajador; el amateur—chicos y chicas—, el becario nacional o sudamericano—con becas de una miseria cuantitativa espantosa—, y, en fin, lo más meritorio y lo más penoso de contemplar, el muchacho de familia obrera—del obrero de entonces—que sentía una irrefrenable vocación artística.

La distancia en el tiempo, que todo lo poetiza, nos da una impresión, al par que melancólica, idealizada, de aquel mundo extraño, y, a veces, impregnado de caracteres verdaderamente trágicos. Porque había

condiscípulo que no podía hacer un ejercicio de colorido porque no tenía con qué comprarse unos colores y unos pinceles, y en ese caso, había que echarle una mano, teniendo mucho cuidado en no lesionar su dignidad, que era muy viva, aunque fuera calzado con viejas alpargatas y no hubiera metido en el cuerpo cosa alguna de comer en un día entero.

Me acuerdo de un compañero, que venía a Madrid diariamente desde Carabanchel Bajo a pie, para no pagar quince céntimos del tranvía, y que de repente se ausentaba una temporada, hasta que averiguamos que en esos lapsos de tiempo se ponía a trabajar de peón en las obras del Metro, para ayudar a la familia, y eso que era un dibujante espléndido.

Otro, que al mismo tiempo que fanático espiritista era un proyectista excepcional—que acabó ganando unas oposiciones en el cuerpo de delineantes del Estado, con el número uno—, se estuvo durante un curso entero alimentándose diariamente con un panecillo, que entonces se llamaban bonetes, que tenían cuatro bolas, comiendo para desayunar una bola del pan y una pastilla de chocolate, para comer y merendar lo mismo, y para cenar exactamente igual. Como, aparte de bigote y perilla, usaba un raído chambergo y una vieja capa que colgaba de su esqueleto, el recuerdo de Don Quijote era obligado, al oírle perorar, con ojos de iluminado, acerca de todo lo divino y humano.

Si añadimos la abundancia de mudos—pintores y escultores—entre los estudiantes de Arte, tendremos una idea aproximada de la extraña mezcla de gente joven que pululaba por los oscuros pasillos y las iluminadas aulas de la Escuela de Bellas Artes.

A pesar de la enorme distancia social y económica, de ambas clases de estudiantes, llegaban momentos, y con mucha frecuencia, en que ambas coincidían e influían conjuntamente en el ámbito de la sociedad, porque es inevitable que las nuevas generaciones se expresen y lleguen a conclusiones muy semejantes, ya que las ciencias y las artes no son, al fin y al cabo, más que dos aspectos distintos de una misma inquietud: el alcanzar lo verdadero y definirlo, por el camino que sea.